

abusa, sino que creemos respetarla mejor que los que la invocan sin cesar. Á menudo se ha pretendido, y se pretende aún constantemente, que es posible una vida pacífica común con cristianos convencidos. Tolerancia religiosa y tolerancia civil—dice Rousseau—son cosas que los mismos ángeles del cielo no sabrían conciliar. ⁽¹⁾

No negaremos que también el cristiano es hombre, y que, á causa de los ataques continuos á lo que hay de más santo, y de las usurpaciones constantes sobre su interior, acabe á veces por perder la paciencia. No obstante, afirmamos que nadie es más tolerante que el cristiano que vive conforme á su religión. Nos referimos aquí á hechos, de los cuales han sido testigos los mismos que con tan poca caridad los juzgan. Sin duda alguna, han encontrado ellos en su vecindad gentes que han soportado sus caprichos, sus defectos, sus reproches, con una paciencia que debía parecerles superior á todo poder humano. Aquellas gentes eran ciertamente de aquellos en los cuales la manera de pensar y de obrar de la Iglesia estaba fuertemente gravada en su corazón. Pues bien, si, en su vida personal, no han hecho minuciosas experiencias, mucho mejor pueden hacer esta observación en grande en la Iglesia en general.

Dejemos sobre este asunto los discursos irreflexivos y los reproches sin fin de la muchedumbre que habla inconsideradamente. Con un poco de reflexión y calma, el proceder y los principios de la Iglesia son fáciles de justificar, si, con todo, tuviesen necesidad de ello. Nadie niega que ésta haya intervenido, y á veces con severidad, contra las violaciones de la pureza de la fe; pero jamás ha obligado ella á aceptarla á ninguno que no se haya sometido voluntariamente á su ley. Por lo contrario, ha prohibido toda tentativa de imponer por fuerza la fe á quien no quería aceptarla; pero cuando exige que los que se han comprometido á vivir según sus preceptos observen la fe jurada, no hace más que ejercer su derecho y cumplir un deber

(1) Rousseau, *Emile*, I, 4 (Œuvres, 1792, XII, 158).

sagrado. ⁽¹⁾ Un juramento no es, sin embargo, una broma, por lo que antes de permitir á ninguno, cuya responsabilidad se tiene, que rompa, en un momento de ciega pasión, un juramento, preciso es atraerlo á mejores sentimientos. «Á todo el que censure esto, dice Tomesino de Zerklære, le responderé: Si mi hijo no quiere obedecerme y proceder como es debido, lo castigaré como se merece; pero si es tu hijo, no me preocuparé de él, pues eres tú quien debes cumplir tu deber. Así debe obrar la Iglesia. Dejamos tranquilos á los judíos, si no quieren ser cristianos; los hijos que nos son extraños deben someterse á sus padres; pero si aquellos que ya se han sometido á la Iglesia por el bautismo quieren sustraerse á su autoridad, tiene ella el derecho de proceder contra ellos como hijos propios que son». ⁽²⁾

Por otra parte, la Iglesia siempre ha procedido así, ⁽³⁾ declarando expresamente que no se aroga derecho alguno sobre los que no le pertenecen por el bautismo ó por juramentos sagrados. ⁽⁴⁾ En esto obra ella sencillamente de conformidad con las palabras del Apóstol: «¿Qué me va á mí en juzgar de aquellos que están fuera?» ⁽⁵⁾ Si quiere ella una adhesión que parta de la propia voluntad libre, ⁽⁶⁾ quiere que todos digan con boca y corazón: ⁽⁷⁾ «Mi fe procede de un corazón libre ⁽⁸⁾ y mi sacrificio de mi propia voluntad». ⁽⁹⁾ Aquí, todo sacrificio arrancado por la violencia carece de valor alguno; sólo se aprecia lo que proviene de un corazón jovial que verdaderamente merezca este nombre. ⁽¹⁰⁾ Puédesse á veces imponer la violencia para que se

(1) S. Agustín, *Ep.* XCIII, 5, 17 y sig.; *Ep.* CLXXXV, 6, 21, y sig.; *Sermo* CXII, 7, 8. S. Tomás, 2, 2, q. 10, a 8.

(2) Thomasin von Zerklære, *Der wælsche Gast*, 12653 y sig.

(3) Gotti, *De infidelitate*, q. 4 (*Theolog. scholast. dogmat.*). Bonon., 1731, VIII, 199 y sig.

(4) Concil. Trident., s. 14, c. 2, *de pœnit.*

(5) I Cor., V, 12.

(6) Gregor. Magn., *Ep.* 6, 66. (Concil. Toletan., IV, 6, 533), c. 56 (c. 5 *de Judeis*, d. 45).

(7) Gregor. Magn., *Ep.* 9, 5.

(8) Psal., XXVII, 7.

(9) Psal., LIII, 8.—(10) Lactanc., *Institut.*, 5, 20.

satifagan esos deberes morales y religiosos que el hombre debe cumplir en virtud de la ley natural, en cuanto es hombre; ⁽¹⁾ pero jamás puede obligarse á nadie á someterse á una ley á la cual no quiere voluntariamente hacerlo, á la cual no está sometido en derecho. ⁽²⁾ La oración, las exhortaciones benévolas, tentativas amigables y dulces, para mejor disponerle á escuchar las palabras de la verdad, he aquí lo que entraña nuestro poder con relación á un hombre semejante. ⁽³⁾ Precisamente estas palabras de la verdad son las que nos prohíben violar sus derechos y hacerle violencia. ⁽⁴⁾ Podemos y debemos desde luego procurar quebrantar el error en el corazón de los que se engañan, y luego, ellos mismos harán desaparecer las acciones exteriores de que aquél es causa; ⁽⁵⁾ pero ninguna fe ni ninguna ley nos dan el derecho de atacar su libertad, ni tampoco reivindicamos este derecho.

9. La tolerancia en detrimento de la verdad no es posible.—En lo referente á las personas, no sólo es, pues, permitida la tolerancia, sino que también es ordenada; pero, en lo relativo á las cosas, no podemos negar que tiene sus límites. Pedídnoslo todo y todo os lo daremos; nuestros vestidos, el mundo entero, la sangre de nuestras venas, el favor y el amor de aquellos que nos son más caros que nuestra vida, nuestra vida misma; sólo una cosa no obtendréis jamás de nosotros, la muerte de la verdad. ⁽⁶⁾

Hay una verdad, y siempre será la misma; ⁽⁷⁾ siempre obligará, siempre será indivisible. El hombre no es dueño de la verdad, sino Dios, que es la verdad misma. ⁽⁸⁾ Si somos

(1) Báñez, 2, 2, q. 10, a. 10, dub. 2. Silvius, 2, 2, q. 10, a. 8, c. 2.

(2) S. Thomás 2, 2, q. 10, a. 8. Gregor. a Valentia, III, d. 1, q. 11, p. 6, 7. Oviedo, *De fide contr.*, 9, p. 3-5.

(3) Chrysost., *In I Timoth.*, 7, 2. *In Matth. hom.*, 46 (47), 2. Gregor. Magn., *Ep.* 1, 35, 47; 13, 12; cf. 5, 8. Augustin., s. 62, 7, 10. Bernard., *In cant.*, 64, 8.

(4) Clemens III, *C. sicut Judæi*, 9, X. *de Judæis* (V, 6). Innocent. III, *C. majores*, 3, X, *de bapt.* (III, 42).

(5) Augustin., s. 62, 11, 17.

(6) Augustin., *Ep.* 157, 4, 31 y sig.

(7) Psalm., 116, 2.

(8) Rom., III, 3, 4.

infielos, Dios no lo es, porque no puede renegar de sí mismo. ⁽¹⁾

De aquí que sea un crimen arrancar un jirón de la verdad, unir la verdad con las tinieblas y colocar en un mismo templo á Dios y á Belial. ⁽²⁾

Para esto, tenemos una razón, la única que nos obliga á la resistencia y á la separación, y es el caso en que la verdad está en peligro, ⁽³⁾ el caso en que se quiera cambiar la verdad, dividirla, suprimirla. Cuando se pierde la verdad, todo está perdido. Púedesela aplastar con un cúmulo de injusticias, pero mientras ella arda bajo las cenizas, hay una base, sobre la cual puede reconstruirse la justicia. ⁽⁴⁾ Es igualmente difícil que alguien posea la verdadera fe y sea por mucho tiempo un malvado. ⁽⁵⁾ Si la verdad logra abrirse paso, hace de nuevo libre ⁽⁶⁾ al hombre; pero si se la ahoga, muere todo germen de vida. Por esto repetimos una vez más: la verdad por encima de todo. Nos callaremos sobre todas las cosas, pero hay una que no admite ni acomodamientos ni debilidades: esta es la verdad. Preferible es el mayor escándalo, que atacar la verdad. ⁽⁷⁾ Mucho nos cuesta hablar así, pero nada podemos contra la verdad; por lo contrario, todo lo podemos con la verdad. ⁽⁸⁾

No ignoramos lo mucho que estas palabras llamarán la atención de nuestra época; pero ¿debemos por esto ser infielos á la verdad? Si la verdad debiera esperar á que el mundo no la considerase como extraña, permanecería ignorada hasta el fin del mundo. Lo que constituye su honor, y es una prueba en su favor, es que excite el odio. De aquí que no debamos olvidar nunca que la herimos mor-

(1) II Timoth., II, 13.

(2) II Cor., VI, 12, 14.

(3) Bernard., *Ep.* 7, 9. Did. Stella, *In Luc.*, XVI, 1.

(4) Rom., I, 18.

(5) Ephes., IV, 24.

(6) Augustin., s. 49, 2.

(7) Joan., VIII, 23.

(8) Gregor. Magn., *In Ezech.*, 1, 7, 5. Bernard., *Ep.* 34, 2; 78, 10. *Apol. ad Guil.*, 7, 15.

talmente, cuando la colocamos al nivel del favor humano. ¡Desgraciados de nosotros, si sufriese algún perjuicio por causa de nuestro silencio! Porque ¿qué somos nosotros, sino los ministros de Aquél á quien nos hemos entregado? (1)

10. La tolerancia en materia de fe es imposible, porque aquí la verdad dada por Dios se encuentra en litigio.—Hemos llegado por fin á la solución propiamente dicha de la dificultad. Hay ciertas verdades que admiten la tolerancia; pero también hay una verdad con relación á la cual sería un crimen ejercerla. Por ejemplo, sé que el año que hemos adoptado como data del nacimiento de Jesucristo, para hacer de él el punto de partida de nuestra era, no está calculado con exactitud. Creo tener razones suficientes para admitir que el Asia fué la patria primitiva de los indo-europeos, y que los poemas de Ossian son falsos, los mismos que los escritos del Areopagita. Del mismo modo, acepto centenares de principios cuya verdad no es dudosa. Á pesar de esto, admito de buen grado que pueda otro tener razones para sostener lo contrario de lo que á mí me parece más verosímil. En este caso, no sólo respeto y amo á mi adversario personalmente, sino que desde luego comenzaré por evitar el ir demasiado lejos en las discusiones sobre la misma cosa. Peso los motivos en pro y en contra de las dos suposiciones, y estoy dispuesto á admitir que otra opinión sobre este punto pueda ser tan buena como la mía, y aun mejor.

Pero sucede todo lo contrario con mis convicciones religiosas. Juro que este Universo, que abarco con la mirada y mido con el cálculo, ha sido creado en el tiempo por Dios. Estoy dispuesto á morir para sostener la verdad de que Aquél, al que los judíos expusieron en un patíbulo de infamia ante las puertas de Jerusalén, el día de Viernes Santo, es mi Dios, mi Redentor y mi Juez. Si un amigo, al que no he visto desde hace años, me confiesa que ha perdido la fe, y, con ella, la paz de que gozó en los días en

(1) II Corinth., III, 5.

que juntos servíamos á Dios, no por eso lo amaré menos; por lo contrario, será para mí motivo de acordarme con más frecuencia de él y de intentar encaminarlo de nuevo al ejercicio de la oración. Pero querer exigir de mí que considere su opinión tanto ó más segura que la mía, he aquí lo que rechazaré como un ataque á mi honor y á mi carácter de hombre y de cristiano. ¿De dónde proviene, pues, esta diferencia?

Las primeras verdades se fundan en motivos humanos. Ó bien las he hallado por mí mismo, ó bien las han establecido otros y yo las he examinado y aceptado. No soy yo quien ha fabricado semejante verdad, pero, por lo menos, me la he apropiado; soy su propietario, me pertenece. Ahora bien, esta actitud que tomo con relación á mis convicciones, puede tomarla cada uno con relación á las suyas. Si reconozco que todos tienen los mismos derechos que yo, arrogancia sería no admitir que las convicciones puramente personales que otro tiene posean los mismos derechos que las mías.

Pero todo lo contrario ocurre con la fe religiosa. Esta no procede de nosotros, sino de Dios. Aquí se trata de una sabiduría más alta, de la sabiduría de Dios, misteriosa y oculta. (1) Aquí reconocemos, no una palabra humana, sino lo que es realmente la propia palabra de Dios. (2) No es la carne y la sangre las que nos han revelado esto, sino el Padre que está en el cielo. (3) De aquí la certeza que nos garantiza la fe. No es la fuerza convincente de palabras humanas y de sabiduría humana lo que constituye la base sobre la cual se funda, sino el Espíritu Santo y la fuerza de Dios. (4)

La fe no descansa en palabras humanas ó en la ciencia humana, sino en la fuerza y sabiduría de Dios, lo que hace que sea infinitamente superior á nosotros. De hecho, la fe no es

(1) I Cor., II, 7.

(2) I Thess., II, 13.

(3) Matth., XVI, 17.

(4) I Cor., II, 4, 5.

una conquista humana, sino la obra de Dios en nosotros, por más que, sin duda alguna, nuestra cooperación sea indispensable. La fe en nosotros es una gracia y un don de Dios, ⁽¹⁾ y al propio tiempo es nuestra obra. ⁽²⁾ Si en todas las cosas somos los servidores de Dios—porque todo don excelente, toda gracia perfecta desciende de lo alto, del Padre de las luces, ⁽³⁾—lo somos especialmente en aquello sobre lo cual los ojos de Dios se posan ante todo, ⁽⁴⁾ y sin lo cual es imposible agradarle, ⁽⁵⁾ en la fe. No somos los maestros ni los creadores de las verdades que la fe nos enseña; somos los servidores de la fe, y, por la fe, los servidores de Dios.

No era más que la pura verdad cuando nuestros religiosos antepasados de la Edad Media llamaban á la incredulidad el más vergonzoso de todos los crímenes que el espíritu católico, el espíritu de fidelidad hasta la muerte, puede imaginar. ⁽⁶⁾ El servidor que comprende su deber, no puede ni debe dar lo que pertenece á su dueño, sea ello poco ó mucho. Si el bien que tiene á su cuidado fuera suyo, todo lo daría para alcanzar la paz; pero es el bien de su dueño. Éste se lo ha confiado, porque tenía confianza en él, y preciso es que vea que no ha otorgado su favor á un traidor.

11. El ideal y el honor de la humanidad consisten en la fidelidad á la fe sobrenatural.—A veces, cuando estudiamos á los hombres, y particularmente á los comprendidos en la categoría de predicadores de la tolerancia, experimentamos un sentimiento de malestar que nada tiene que ver con Dios, y que, sin embargo, nos invade desde el punto y hora en que entramos en relación con el mundo. ¿Es que toda aspiración hacia lo noble, todo espíritu de sacrificio y de fidelidad, el valor y la fuerza de carácter, han desaparecido de la hu-

- (1) Eph., II, 8. Phil., I, 29.
 (2) Hebr., XI, 6. I Joan., III, 23.
 (3) Jac., I, 17.
 (4) Jerem., V, 3.
 (5) Hebr., XI, 6.
 (6) Kuonrät, *Rolandslied*, 4885.

manidad? ¿Dónde debo buscar estas cualidades, sino en aquellos que por deber y vocación son los representantes del idealismo? Mas, en vez de esto, ¿qué es lo que veo con frecuencia en ellos? Contemplad esos sabios, esos poetas. No hay biblioteca, por pequeña que sea, en cuyos estantes no aparezcan sus obras; no hay academia que no considere como un honor abrirles sus puertas. Contemplad ese artista: los dueños de las más célebres galerías luchan, llenos de emulación, por poseer uno de sus cuadros; no hay catedral restaurada que no ambicione una de sus obras. Seguidle cuando abandona su taller y se mezcla entre los hombres. Encuentra aquí un sacerdote con cuya palabra y apoyo debe contar; ¿con qué unción de ideal y de fe le habla! Pero pocos pasos más allá... Mas corramos el velo. Una sonrisa, el temor de una mala mirada, una ligera burla, y se acabó toda su convicción. Sí, es verdad, la razón, es decir, el pensamiento y el esfuerzo puramente terrestres, han producido pocos mártires. ⁽¹⁾ Flotando á todo viento de doctrina, arrastrados por todas las corrientes de la opinión pública, como niños sin defensa, víctimas de la astucia y de la seducción, ⁽²⁾ ¿queréis decirme qué valor y qué ideal pueden tener esos pobres hombres? ¿No tengo razón para hablar de la humanidad con cierto descorazonamiento? Ahora bien, mientras que para librarme del malestar que me producía este espectáculo, hojeaba el Libro de los libros, fijáronse mis ojos en la historia de una pobre mujer perteneciente al pueblo más despreciado del mundo. Allí está ella de pie ante el tribunal de uno de los tiranos más crueles de la historia, Antíoco Epifanes. Á sus pies yacen seis jóvenes, hijos suyos; han sido muertos ante ella, porque prefirieron sacrificar sus juveniles años á convertirse en traidores á su Dios y á su fe. Al primer golpe de vista, sus cadáveres, horriblemente mutilados, pregonan las torturas de que ha debido ser testigo la desgraciada mujer. Á su lado está un niño hermoso y sonro-

- (1) Renan, *Marc-Aurèle*, 567.
 (2) Efes., IV, 14.

sado, como rosa que acaba de abrirse; es el más joven de sus hijos. Bien sabemos lo que es para una madre el último fruto de su amor; aquella pobre mujer acaba de ver martirizar á sus seis hijos sin verter una lágrima, y éste es el último, el único que le queda. Con calculada astucia, hace el tirano depender de su corazón maternal la vida de su Benjamín; si puede reducirlo con sus palabras á ser infiel á Dios, le será devuelto sano y salvo. Únicamente una madre puede apreciar lo que una madre puede sentir en semejante caso; únicamente una madre puede comprender la fuerza sobrenatural de que esta madre ha debido ser compenetrada, cuando en aquel momento terrible dirige al único hijo que le queda estas heroicas palabras: «Hijo mío, ten piedad de mí que te he llevado nueve meses en mi seno, que te he amamantado á mis pechos, y que te he criado hasta la edad que tienes. Yo te conjuro, hijo mío, á que contemples el cielo y la tierra y todas las cosas que contienen, y á que entiendas bien que Dios las ha creado de la nada, lo mismo que á todos los hombres. De este modo, no temerás á este cruel verdugo; antes, por lo contrario, haciéndote digno de compartir los sufrimientos de tus hermanos, recibirás de buen grado la muerte, á fin de que yo te recobre con tus hermanos en aquella misericordia que esperamos de su divina bondad». (1) Así habló ella, y ofreció, como víctima, su último hijo. Y después de haber sufrido siete veces la muerte con sus hijos, ella misma fué condenada á muerte. ¡Ocho veces recibió la muerte por la fe! Pero ¡qué muerte! ¡Que cualquiera diga ahora que no respeta á los hombres! ¡Quién osará negar que existen nobles corazones que nos reconcilian con la humanidad?

Es esta una vieja historia que se ha renovado centenares de veces después, bajo las formas más diversas, pero con escasísima frecuencia, por desgracia, en los que el espíritu del mundo cuenta entre sus grandezas. Cuanto más pequeños estos héroes de la fe aparecen á los ojos de la muche-

(1) II Macc., VII, 27 y sig.

dumbre, más consolador es para nosotros ver que, aquello que parece ser algo inaccesible al mundo, la fidelidad á la conciencia, el espíritu de sacrificio y la ambición por realidades más elevadas que las de aquí bajo, no ha desaparecido todavía. Pero lo que salva el honor de la humanidad en sus más débiles criaturas, es la fuerza sobrenatural que Dios ha infundido en nosotros por la fe.